

Quintanilla, Pablo (2019). *La comprensión del Otro. Explicación, interpretación y racionalidad.* Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 374 pp.

Marlon Rivas Tinoco
Universidad Pontificia Católica, Lima, Perú
marlon.rivas@pucp.pe

En esta obra, Quintanilla pretende, y considero que los logra en buena manera, demostrar cómo es que la comprensión de otra persona involucra una constitución de sentido no únicamente desde la intérprete, sino en una triangulación entre agente, intérprete y el mundo lleno de significados que ambas partes comparten. Entender es cómo hacer inteligible algo, y se dice, por un lado, en relación a la naturaleza cuando explicamos o establecemos regularidades y las describimos como leyes, pero también, por otro lado, al comprender una subjetividad. Desde la introducción del libro, Quintanilla considera que hay que conservar esta relación clásica de lo que son comprender y explicar, pero dividido en 4 partes, el contenido del libro se interesa por hacer una radiografía de cómo se van intersecando esos fenómenos a la hora de comprender a un agente distinto a uno mismo (o incluso a uno mismo). La primera parte está dedicada a ofrecer aclaraciones sobre los fenómenos en juego, y a responder algunas preguntas sobre qué elementos intervienen al querer hacer a alguien inteligible. La segunda parte ya se interesa por el ejercicio de interpretación, que tiene como fin la comprensión, a partir de preguntarse qué es el significado. La tercera parte se interesa propiamente por la naturaleza de la comprensión, mientras que la última sobre la racionalidad y sus límites.

La primera parte contiene a los primeros capítulos. En ellos, Quintanilla distingue la explicación de la comprensión en el punto que esta última actividad involucra la capacidad de simular cómo sería el objeto para sí misma como intérprete. Así, indica que todo objeto puede ser objeto de explicación, pero no todo es objeto de comprensión, o, dicho de otro modo, objeto del cual se puede vislumbrar su subjetividad a partir de la interpretación de otro. Es ahí cuando explicar y comprender se conectan entre sí, y la primera actividad deja de ser exclusiva de las ciencias naturales. La explicación también se puede dar con el comportamiento intencional humano al lidiarse con las relaciones causales físicas involu-

cradas en ello; no obstante, las ciencias humanas también son comprensivas, en medida que interpreta la subjetividad de una manera diferente a buscar regularidades nomológicas de eventos físicos. Es más, la interpretación es algo cotidiano, no consciente e intencional por dirigir al sujeto intérprete a un contenido informativo o red de significados diferente de sí mismo (en la interacción con el agente), y, de hecho, cuando se sofisticada esta práctica (y se hace ciencia al respecto), se puede escudriñando más sobre las causas de determinadas acciones de las personas. Quintanilla va perfilando uno de sus compromisos en este libro, a saber, la tesis del holismo de lo mental, es decir, que los estados mentales atribuidos en la comprensión tienen contenido informativo que está interrelacionado con otros estados mentales. Comprender se vuelve así en encontrar conexiones lógicas y causales entre sus diferentes estados mentales y los nuestros, lo que es propiamente compartir parte de su subjetividad. A su vez, hay interpretaciones buenas o malas, y estos dependen de los criterios valorativos que debemos emplear para determinarlas. Y, finalizando este punto, se busca vernos a nosotros mismos como otra persona, para que nuestra interpretación gane objetividad.

Por otro lado, Quintanilla señala que la atribución psicológica, que es lo que hacemos al buscar entender o dar sentido a otro, han sido estudiadas como si fueran habilidades o formas de conocimiento innato, que dependen o no de una serie de mecanismos cognitivos. Los partidarios de la perspectiva de 3ra persona consideran que la interpretación no es diferente a la explicación de regularidades nomológicas y explicación de comportamiento en términos causales. Mientras que, según la perspectiva de la primera persona, no es necesario módulo alguno sino la capacidad de simulación, como mecanismo cognitivo que ha sido seleccionado naturalmente. Las neuronas espejo y su descubrimiento hicieron más creíble esta posición, aunque el debate sigue vigente. La comprensión pasaría por la capacidad de revivir las vivencias del otro, de tener la capacidad de experimentar y representar estados mentales ajenos. Quintanilla, al introducir la perspectiva de segunda persona de Antoni Gomila, considera que ninguna de las tres perspectivas debe ser dejada de lado, porque tanto filogenéticamente como ontogenéticamente la mente está formándose y moldeándose en las interacciones con el entorno físico y social, sobre la base del modelo de triangulación, y esta triangulación permite entender que las tres perspectivas en simultáneo dan sentido al

fenómeno de la comprensión. En esa misma línea, haciendo hincapié en la filosofía de la ciencia de Kuhn, sugiere la idea de la indeterminación a la hora de interpretar o buscar comprender a otro. Así como los paradigmas científicos son no pueden ser evaluados a partir de criterios extraparadigmáticos tales que estén fuera de lo que una comunidad epistémica erija como las normas de evaluación de qué es y cómo se hace ciencia en determinado tiempo, así tampoco las interpretaciones a otro pueden desligarse de las mejores descripciones y explicaciones aproximadas desde determinado modelo teórico.

La segunda parte desarrolla lo que implica y cómo se constituye el significado, sobre todo, dentro del contexto de la interacción comunicativa. El significado emerge, según Quintanilla, dentro de las creencias y deseos que las personas que están siendo interpretadas. Se apuesta por no atribuir un solo estado mental al agente sino varios. El significado emerge en sociedad, conforme el uso del mismo va consolidándose cada vez más. Aquí aparece el principio de caridad, el cual es aplicado por la intérprete al suponer que el agente tiene las mismas creencias y significados, por lo menos muchos semejantes, para considerar que es un agente racional. Mientras la intérprete es más flexible y creativa con las teorías que organiza para entender al agente, y viceversa, habrá más comunicación y menos desacuerdo. La comunicación viene a ser la producción mutua y coordinada de efectos deseados en el otro mientras se construyen significados y estados mentales compartidos al paso. Si bien históricamente, señala Quintanilla, principios como el de verificación de Ayer demarcaban entre qué oraciones eran significativas y qué no, a partir del holismo de lo mental, y la inseparabilidad de la atribución de significados a un agente con respecto a las creencias que tiene, ahora consideramos que verificar el significado es identificar cómo el significado de cada oración es dependiente de un contexto lingüístico global. Así mismo, sabemos que las hipótesis que hacen tanto intérprete como hablante en la interpretación son constantemente reforzadas y modificadas, y la búsqueda de los acuerdos en el sentido que le dan a sus palabras se va constituyendo mediante una triangulación entre ellos junto al mundo que comparten. Es aquí cuando Quintanilla hace uso estratégico de la metáfora para que se la entienda dentro del marco de la comprensión. Aquella ilumina el ámbito de lo que no puede ser dicho, y puede hasta generar la creación de nuevo significado en el lenguaje. Incentiva a la

intérprete a buscar algún otro uso diferente del significado ordinario o literal. Y lo más importante para Quintanilla es que el cambio conceptual, logrado también desde metáforas como causantes de nuevos estados mentales asociados a oraciones que literalmente no producían esos en específico, será el cambio de esta red de significados que se asocian a la expresión determinada.

A continuación, responde una de las interrogantes acerca de la comprensión de la vida mental ajena, a saber, sobre qué es la mente y cómo se relaciona con el cuerpo (o los eventos físicos en general). Explora varias posiciones, pero siguiendo a Davidson, el debate ontológico se aclarar cuándo se considera que los eventos están estructurados causalmente entre sí, y lo que es plural son las descripciones o esquemas conceptuales de representación. Esto nos compromete con un monismo de aspecto dual, en donde eventos mentales son idénticos a eventos físicos, y en donde hay relaciones causales entre eventos independientemente cómo sean descritos. Así pues, la mente es descrita como un sistema complejo de propiedades emergentes, las cuales pueden interactuar con otras mentes y otros sistemas sociales.

Por último, en la cuarta parte dedica los capítulos a desarrollar la noción de racionalidad y responder ciertas interrogantes relacionadas al problema. La idea es que, para la comprensión, el otro debe ser considerado básicamente racional. Pero esta racionalidad no hace alusión solo a tener razón, es decir, tener actitud de tener justificación frente a una verdad hace alusión a una propiedad relacional que es construida y descubierta en la interacción comunicativa entre partes. La racionalidad, al ser una propiedad de la praxis comunicativa más que de una actitud proposicional o estado representacional, no puede ser simplemente estudiado desde su ala teórica: debe considerarse como esto desafía la mirada de que ser racionales no tiene nada que ver con el gobierno de nuestras vidas. Si las distintas facetas de la vida de una persona se integran y confluyen, se podría atribuir racionalidad a esa vida humana.

A la vez, al tomar en cuenta la irracionalidad como fenómeno, Quintanilla afirma que solo un ser racional puede ser irracional. A partir del principio de caridad, nos recuerda que se puede reconocer qué comportamiento del agente no concuerda con su comportamiento general, y al hacer esto, ya se nota que hay consistencia, por lo cual el comportamiento inconsistente es interpretable solamente bajo ese marco de

consistencia. En ese sentido, la irracionalidad, se entiende como la desconexión en alguna de estas aristas entre estados mentales con respecto a acciones o comportamiento intencional.

Quintanilla utiliza un estilo de redacción que combina reglas de redacción propios de la tradición anglosajona, en donde se puede notar el acento en construir los argumentos, propios y contrarios, y a partir de ellos, evaluar sus premisas y conclusiones, con las virtudes de considerar hacer algunas comparaciones importantes y situar el contexto histórico de una idea filosófica determinada que esté desarrollando, lo cual es más característico de la tradición hermenéutica. Incluso en la primera parte, ofrece algunos análisis etimológicos importantes para desglosar los conceptos, principalmente los de comprensión y explicación. Y, en gran medida, el marco conceptual que presenta no se acomoda a una sola presentación de los conceptos que alberga la defensa de sus tesis, sino que constantemente a lo largo de la obra las va cuestionando, superando y renovando.

Además, un patrón que se cumple en la construcción de ejemplos por varios pasajes es que, a la hora de hacer análisis de interacciones comunicativas, ofrece siempre un modelo triangular, en donde agente e intérprete interactúan dentro de un mundo compartido, y se fomenta la comunicación y la atribución de estados mentales. Y más interesante lo hace al lector estar aplicando ese modelo triangular de brindar sentido a los significados del texto que lee, precisamente cuando lee esas líneas. Esta sutileza por parte de Quintanilla, pues sumado a la idea que desarrolla de que toda interpretación requiere de un esquema conceptual, y no hay interpretación ideal o desde un punto de vista privilegiado, acoge el libro no como si él tuviera un punto de vista único en su comprensión, sino que se aventura a ir comprendiendo sus ideas como un interlocutor más de ellas. Esto hace hincapié en la manera cómo Davidson prefiere que las discusiones sobre la comprensión se den, a saber, desde un punto de vista centrado en los intérpretes más que desde un punto de vista solitario que intenta dar cuenta del fenómeno con una neutralidad incesante. Un ejemplo claro de cómo aplica esta práctica y lección davidsoniana es al tocar el tema de la metáfora lingüística. La discusión de la metáfora es, a su vez, una metáfora de la comprensión: al igual que en la comprensión de la metáfora, la comprensión del otro no requiere de acuerdos previos sino de la habilidad de los intérpretes en poder

constituir significados y estados mentales compartidos con el agente en conexión con el mundo que comparten.

En lo que concierne al contexto filosófico de trasfondo, Quintanilla concuerda con ciertas propuestas desarrolladas en la tradición anglosajona, pero también alemana como es el caso de Gadamer, en torno a la idea de comprensión y el lenguaje. Se encuentra, por ejemplo, la posición de Quine acerca del significado, el cual para este autor no podía ser catalogado como una entidad abstracta cuyas instancias son contenido de nuestros estados mentales, ni tampoco elementos internos y privados de una mente con habilidad lingüística. En su crítica a las oraciones analíticas, sugiere que los significados son construidos bajo un entorno natural y social, y no son preestablecidos como parecería pasar cuando uno dice que “solteros son no casados” es trivialmente verdadera en virtud de su significado. A este compromiso de Quintanilla se le suma la continuidad al proyecto pragmatista americano, oriundo desde Charles Sander Peirce y reforzado con la figura de Donald Davidson, en torno a cómo las preguntas filosóficas no tienen por qué distinguir rotundamente entre teoría y práctica.

Asimismo, el proyecto de comprensión de Quintanilla se alinea a la propuesta de Wittgenstein en torno a la naturaleza de la creencia, en donde se suele asumir que, si uno no cree lo que el otro sí, lógicamente se contradicen y no hay más vueltas que darle. La comprensión no se trata de considerar que la creencia de la otra persona es verdadera (y quizá cambiar el propio sistema de creencias), sino que se pueda dar cuenta y justificar cómo ha llegado a creer lo que cree. Este trabajo sugiere que los conceptos, significados y creencias sean vistos de una manera más práctica, es decir, sean vistos en su conexión con la forma de vida social y los usos regulares del lenguaje de los agentes. Después de todo, son los agentes quienes construyen significado al mundo y a sus propias perspectivas. Esta influencia se vuelve más clara cuando establece en el mismo libro se estudia la noción de significado a partir de la teoría de Davidson, quien, a su vez, justificaba la relación de este elemento con la verdad por la teoría que anteriormente Tarski había propuesto. Para Quintanilla, el interés en explicar la interpretación, sea a un texto o a otra subjetividad, es suponiendo que hay un marco o proyecto de vida detrás, el cual no es más que condición de posibilidad para iniciar la comunicación entre partes. Davidson considera que, para que haya interacción co-

municativa, no es necesario que las personas participantes de ella tengan que hablar el mismo lenguaje. Basta reconocer que conociendo cómo deberían ser las circunstancias para que sus oraciones proferidas por la otra persona sean verdaderas para que, como intérpretes de alguien radicalmente distinto, podamos distinguir significados y creencias a lo que asevera. La semántica formal hace un pequeño trabajo en relación a toda la semántica de las acciones comunicativas que Quintanilla desarrolla a partir del análisis de Davidson.

Resaltando algunos puntos para la crítica, y sobre la comprensión de nosotros mismos para la comprensión ajena (a partir del modelo de simulación), me atrevo a decir que Quintanilla está suponiendo un intérprete y un agente que tengan la disposición a buscar ganar objetividad en la interacción, en la interpretación de sí mismos y entre ellos. No obstante, tengo la impresión que, en el caso de nuestros deseos futuros, es difícil establecer una conexión entre sistema de creencias global del presente con las predicciones con respecto a lo que vamos a querer en el futuro. En otras palabras, no somos muy hábiles en predecir qué vamos a querer en el futuro y, de hecho, podemos llegar a considerar que nuestros futuros yo es van a ser una persona muy distinta en cuanto a si seguimos deseando lo que deseamos ahora. Hay, ciertamente, estados mentales que incluso a este modelo de comprensión se le escapa.

Por otro lado, otra crítica a hacer a Quintanilla es que, cuando menciona sobre la irreductibilidad de perspectivas en torno a la atribución psicológica desde el modelo de triangulación, me parece que no es pertinente la aplicación para este caso, y juega algo en contra con los objetivos. En el libro se nota mayor interés por la perspectiva de primera persona en el momento de la creación o constitución de sentido al lidiar con la naturaleza de la comprensión, y - sumándole a ello que la perspectiva de 2º persona de Gomila responde a propósitos distintos al de primera y tercera persona -, hace que esa instancia de triangulación no sería apropiada.

Quintanilla defiende su tesis de la comprensión tomando en consideración que la persona interpretada en ese juego de triangular significados, creencias e intenciones tiene precisamente la intención de interactuar y construir teorías suficientemente plausibles para ser interpretada correctamente por los demás. No se aclara si la intención de la persona interpretada por ser precisamente interpretada por otra persona es re-

querida para ello, en todo caso, sin caer en excesos, haría más amplia la defensa y argumentación en torno a este modelo de comprensión. En la misma línea, me parece que, si bien sugiere que atribuir al agente estados mentales desde la simulación mental, es decir, desde cómo creemos que tendríamos sus estados mentales si fuéramos él, viene de la mano con intentar participar de la subjetividad de esa persona. Claramente, esto funciona bien cuando el agente existe y hay formas de interacción comunicativa. No obstante, si lidiamos con un personaje de ficción, o una Inteligencia Artificial radicalmente distinta a uno, el punto que haría falta aclarar es cómo se podría compartir un espacio de significados. La salida, imagino, sería apostar por conectar estados mentales a partir de ciertas condiciones mínimas (después de todo compartimos un mundo de algunas creencias o significados con los personajes de ficción conocidos) pero, ciertamente, la comprensión se hace una actividad que exige mucha creatividad de parte de la intérprete.

A mi juicio, este análisis de la comprensión es relevante para perfilar de manera mucho más clara el ejercicio de atribución de estados mentales y significados a personas que, como suele decirse, son radicalmente distintas a uno como intérprete. Discernir acerca de cómo se puede entender el comportamiento ajeno sin necesariamente saber mucho de manera personal de ese otro hace este modelo, inspirado en Davidson y el pragmatismo estadounidense, muy apreciado teóricamente, y abre una ventana de oportunidades para conectarlo con estudios en disciplinas empíricas. Pienso en la psicología cognitiva y las neurociencias, las cuales podrían estar interesadas en qué eventos físicos podrían relacionarse con lo que hacemos a la triangular información con otros dentro de un mundo compartido. A la par con ello, me atrevo a decir que esa convergencia de ideas sobre la comprensión podría aplicarse al estudio del comportamiento social en animales, claro está, con sumo detenimiento y salvando diferencias.

Así mismo, me parece que es importante siempre balancear qué ideas filosóficas es uno más proclive a aceptarlas como parte de su argumentación o defensa de tesis, dado que no todo el proyecto davidsoniano o wittgensteiniano ha sido tomado para construir esta obra. Permite explicar el contexto, y hay compromisos teóricos fuertes con esas propuestas, pero no quita la originalidad de Quintanilla para estudiar el fenómeno de la comprensión.

Por consiguiente, este libro cumple con los objetivos de situar el fenómeno de la comprensión a la luz de una red de conceptos que son presupuestos teóricos clave - como la racionalidad, los modelos de simulación y lenguaje, la empatía, entre otros - actualmente en varios estudios interdisciplinarios. A juicio y gusto del autor, se presta el contenido de este libro a ser estudiado no sólo por personas interesadas en filosofía de la acción y el lenguaje, sino por psicólogos, lingüistas, psicoanalistas, etc. Para finalizar, Quintanilla apela a la comprensión no sólo para entender de manera más enriquecedora qué estados mentales atribuir a la otra persona; la comprensión también es hacia uno mismo. El libro es creativo al incentivar una actividad inventiva de constituir un terreno compartido de significados y creencias con los demás, sea la persona más desconocida con la que nos cruzamos, y también con uno mismo (las distintas versiones de uno mismo podrían entrar a tallar en este caso). Me parece que dinamizar la teoría sobre cómo entendemos la comprensión al otro en relación a sus acciones y estados mentales permite otro tipo de intervenciones en el estudio del entorno natural y social, acciones en el mundo real propiamente.